

PARA PONER FIN A LA ERA DE LAS MINAS TERRESTRES.

Un Crédito, ¡He Ahí Toda La Diferencia!

Afghanistan, 2004

Con el comienzo del verano, los helados de Mohammed Rahim, de 31 años, se venden en un abrir y cerrar de ojos. Una bola de hielo picado recubierta de una espesa y oscura capa de sirope dulce sólo cuesta un afgani (dos céntimos EE.UU), un precio que incluso los niños del vecindario pueden pagar.

El señor Rahim vende sus helados en su pequeña tienda de ultramarinos, sita en la carretera que va de Jalalabad en dirección a Pakistán. En la tienda hay verduras, fruta y todo tipo de productos en lata, así como artículos para el menaje. Pero a pesar de todo esa aparente prosperidad, Mohammed Rahim no es un hombre rico. Como muchos afganos que luchan para llegar a fin de mes tras 20 años de conflicto armado, ganan una miseria con esta actividad.

La pobreza no es el único problema del señor Rahim. Está discapacitado. Perdió la pierna derecha al tropezar con una mina al borde de la carretera. Pero no hay mal que por bien no venga. En vez de desanimarse por los retos que planteaba su discapacidad, se volvió más activo que nunca.

Mientras recibía tratamiento en el centro ortopédico que administra el Comité Internacional de la Cruz Roja (CICR) en Jalalabad, el señor Rahim descubrió que el centro coordina un plan de microcréditos para sus pacientes. Tras informarse, supo que podía solicitar un pequeño préstamo sin intereses y utilizarlo para iniciar una actividad lucrativa. En aquel entonces, su pequeño negocio estaba estancado. Con regularidad, los ladrones le robaban las existencias de su destartalada tienda que no cerraba con llave, y perdía más dinero del que ganaba. Decidió, pues, pedir un préstamo.

El CICR administra seis centros ortopédicos en el país. En el año 2003, 2800 víctimas de minas fueron tratadas en estos centros. Cada centro también ofrece planes de microcréditos cuales tienen la intención de ayudar a las personas discapacitadas a llevar una vida productiva y a ganar dinero para sostener a la familia. Los criterios para obtener un préstamo son estrictos: la actividad ha de producir ingresos regulares, hay que devolver el préstamo a plazos en el espacio de 18 meses, y el prestatario ha de dar el nombre de dos garantes. Un grupo de expertos, también discapacitados, evalúan las capacidades de cada candidato y la viabilidad del proyecto. Luego, este grupo supervisa todos los proyectos en curso. Si el negocio tiene éxito, se puede renovar el préstamo después de haber reembolsado el primero.

Mohammed Rahim pidió prestados 10.000 afganis (200 dólares EE.UU) y compró un quiosco de metal para re-

emplazar su puestecillo improvisado. La nueva "tienda" de Mohammed puede ahora cerrar por la noche, para proteger sus valiosos productos. Tras dos meses sin robos, aumentaron los beneficios. Hoy, gana una media de 100 afganis (dos dólares EE.UU) al día. Sin embargo, a pesar de este salvavidas, sustentar a mujer y ocho hijos sigue siendo difícil.

Hasta la fecha y desde que comenzó el plan de microcréditos, el año pasado en Jalalabad, unos 50 hombres y mujeres discapacitados han obtenido préstamos. Las actividades abarcan desde costura hasta reparación de bicicletas pasando por la venta de babuchas en el bazar. Uno de los empresarios más enérgicos es Ramatullah, de 28 años, quien, como muchos afganos, utiliza un solo nombre. El señor Ramatullah perdió la pierna izquierda cuando su pueblo sufrió un ataque con cohetes durante la guerra.

Tras recuperarse de ese duro percance, Ramatullah llegó a Jalalabad para iniciar su rehabilitación en el centro ortopédico y para buscar trabajo. Compró un caballo y un carro y comenzó a transportar mercancías de una parte a otra de



Afghanistan. Ramatullah piensa que es más rentable trasladar a personas en un tonga que un montón de bultos en un carro.
AF-N-00304-28A © CICR/BARRY, Jessica



la ciudad. Pero pronto se dio cuenta de que podía ganar mucho más llevando a gente en vez de bultos. A finales de 2003, se acogió al plan de microcréditos y tomó prestados 7.000 afganis (140 dólares EE.UU.). Con el dinero compró un “tonga”, un carro tradicional de dos ruedas tirado por un caballo, con asientos tapizados y un toldo para protegerse del sol, y se sumó a los demás conductores de tonga que esperan a los clientes bajo los árboles, cerca de la plaza principal. Desde entonces, rara vez le ha faltado trabajo.

Cuando le preguntan cuál es el secreto de su éxito, Ramatullah acaricia el cuello de su viejo póny, que está ornado con un collar de cuentas azules que traen buena suerte, y dice sonriendo: «Duro trabajo. Por las tardes, los demás conductores de tonga duermen la siesta, pero yo sigo trabajando. Por eso gano más que ellos».

No sólo los hombres se benefician de estos préstamos. Shafiq, de 33 años y madre de siete niños, también perdió

Hasta la fecha, unos 2.700 negocios pequeños han visto la luz en Jalalabad, Kabul, Mazar-i-Sharif, Herat, Faizabad y Gulbahar, gracias al plan de microcréditos del CICR. Esto puede parecer insignificante, habida cuenta de los importantes problemas que hay en Afganistán. Pero este programa brinda la oportunidad de ser autosuficientes a las personas que, debido a su discapacidad, podrían verse marginadas para el resto de su vida. Además, cada una de estas miniempresas ha tenido –y sigue teniendo– importantes consecuencias para la dignidad y la autoestima de los discapacitados. Y quizá sea eso el punto fuerte de este programa, que contribuye a mostrar que las personas discapacitadas pueden llevar una vida útil y productiva y, al igual que Ramatullah (al que un amputado que desea solicitar un préstamo ha pedido que sea garante) pueden ser fuente de inspiración.

Por **Jessica Barry**,
delegada CICR, Kabul

<< El dinero suplementario que gana mi mujer, nos permitirá enviar a nuestras hijas a la escuela.>>

una pierna en un ataque con cohetes. Huyó a Pakistán con la familia, pero regresó a Afganistán en 2003. Durante su estancia en los campamentos de refugiados, Shafiq aprendió a coser y a su regreso, su marido, Mohammed Faqir, la alentó a que empezara a trabajar para aumentar un poco sus magros ingresos de jornalero. Con los 7.000 afganis que tomó prestados a través del centro ortopédico, Shafiq compró una máquina de coser manual y creó un negocio en un rincón de la casa familiar de Jalalabad, que se compone de una sola habitación.

Hoy, cuadrados de algodón blanco bordados con rosas y otras flores adornan las paredes de la espartana vivienda de esta familia, confiriéndole un aire hogareño a pesar de la falta de vidrios en las ventanas y de tener una cortina por puerta. Una sola cama, una pila de mantas, una alfombra y varios baúles completan el mobiliario.

En una familia tan pobre, la actividad de costurera de Shafiq es la diferencia entre la miseria y la supervivencia. «El dinero suplementario que gana mi mujer, nos permitirá enviar a nuestras hijas a la escuela», dijo el marido. «También nos permitirá terminar la ventana, incluso hasta poner una puerta de entrada para protegernos del frío invierno».

Autorizada la reproducción total o parcial de este texto. En caso de reproducción total, rogamos citen al autor e indiquen la delegación del CICR que figura al comienzo del texto.

Para solicitar copias de las fotografías, sírvanse dirigirse al Centro de Información y Documentación del CICR (CID: cid.gva@icrc.org ó ++ 41 22 730 20 30).

Si los medios de información desean ponerse en contacto con el autor o con las personas que se citan en la historia, sírvanse dirigirse a: Jessica Barry en kabul.kab@icrc.org o a Camilla Waszink en apons.gva@icrc.org ó en ++ 41 22 730 26 67.